

SAN ANSELMO, MAESTRO DE ORACIÓN¹

Santiago CANTERA MONTENEGRO, O.S.B.

1. LA FIGURA DE SAN ANSELMO.

En este año de 2009 se celebra el IX centenario de la muerte de San Anselmo de Canterbury, uno de los cinco doctores de la Iglesia pertenecientes a la familia benedictina (los otros son el papa San Gregorio Magno, San Beda el Venerable, el cisterciense San Bernardo de Claraval y el camaldulense San Pedro Damiani o Damián, de quien en 2007 se ha celebrado el milenario de su nacimiento).

Antes de ocuparnos de las enseñanzas de San Anselmo acerca de la oración y sobre todo de su vivencia de la misma, nos parece oportuno trazar una semblanza muy breve, con el fin de poder comprender mejor algunos aspectos que iremos viendo.

San Anselmo nació en el año 1033 ó 1034 en Aosta (norte de Italia), donde estudió con los monjes benedictinos. Intentó abrazar la vida monástica en las cercanías, pero la oposición de su padre, unida a una enfermedad que él padeció entonces, lo impidió. Sin embargo, habiendo marchado a Francia, conoció al Beato Lanfranco, natural de Pavía y monje del monasterio de Bec (Normandía), famoso por su calidad como maestro. Tanto le impresionó que en 1060 se decidió de lleno a ingresar en este cenobio benedictino. Tres años después, al tener que acudir el Beato Lanfranco a Caen como abad, Anselmo fue designado prior de Bec, cargo que ejerció hasta 1078, cuando fue designado abad.

En 1093 se le confió la sede arzobispal de Canterbury, primada de Inglaterra, como sucesor del Beato Lanfranco: parecía seguir las huellas de su maestro. No obstante, la defensa de la libertad de la Iglesia frente a las pretensiones del rey Guillermo II de Inglaterra por el problema de las investiduras suscitó una tensión creciente entre el prelado y el monarca, de tal modo que el primero hubo de marchar desterrado, hasta que el nuevo rey Enrique II le permitió volver en 1100. Pero tres años después tuvo que salir nuevamente exiliado por el mismo motivo. El conflicto se apaciguó y resolvió en 1105 y una vez más regresó a Canterbury. En 1108 acudió al concilio de Bari, que buscaba el retorno de los ortodoxos griegos al seno de la comunión de la Iglesia. Murió el 21 de abril de 1109 tras una intensa actividad pastoral e intelectual.

Algunas de sus obras más importantes y conocidas, de contenido filosófico y teológico, son el *Monologion*, el *Proslogion*, los tratados *Por qué Dios se hizo hombre*, *De la concepción virginal y del pecado original*, *Sobre la procesión del Espíritu Santo...* Habitualmente se le considera el padre de la Escolástica.

Entre las obras de San Anselmo se cuenta un conjunto de diecinueve oraciones y tres meditaciones de carácter piadoso que suponen una página preciosa de la espiritualidad medieval. Su autenticidad es hoy plenamente segura, pues otras dudosas se han eliminado de la edición de sus escritos a partir de los estudios de los benedictinos Dom André Wilmart y Dom François Schmitt. Según el segundo, “su calidad es perfecta, obra maestra de una espiritualidad severa y fortificante, a pesar de pertenecer a

¹ Publicado previamente como cuatro artículos en *Magnificat*, nº 68 (julio 2009), págs. 23-26; nº 69 (agosto 2009), págs. 20-24; nº 70 (septiembre 2009), págs. 26-30; y nº 71 (octubre 2009), págs. 15-19. Textos recogidos en CERVERA BARRANCO, Pablo (ed.), *Escuela de grandes orantes. Los santos, maestros de oración*, Madrid, San Pablo, 2010, págs. 195-212. Y finalmente en CANTERA MONTENEGRO, Santiago, O.S.B., *Estudios de Historia y Espiritualidad Monástica*, Salzburgo, Universität Salzburg – Analecta Cartusiana, 2011, t. i. págs. 170-178.

un estilo un tanto abundante” en la época, el de las meditaciones y oraciones que un historiador del siglo XII denominó “oraciones contemplativas”.

2. SAN ANSELMO CONTEMPLATIVO.

Como señaló el conocido teólogo dominico P. Antonio Royo Marín, “la espiritualidad de San Anselmo es particularmente notable por su carácter doctrinal”, pero en ningún momento su piedad deja de ser “muy sincera y profunda”. En efecto, esto se observa bien en las oraciones y meditaciones a las que nos hemos referido, pero también en otras expresiones devocionales que iremos viendo en próximos artículos. Sus obras filosófico-teológicas revelan tras de sí a un contemplativo, sobre todo algunas de ellas, y el lector percibe una síntesis armoniosa de elevados pensamientos doctrinales con manifestaciones de amor de Dios que brotan de lo más íntimo del corazón. Por eso, el mencionado fraile de la Orden de Predicadores también decía con acierto que “la piedad de San Anselmo no excluye las altas consideraciones”.

El santo de Aosta, pues, es ciertamente un hombre de estudio y de pensamiento profundo, capaz de penetrar en las honduras de la metafísica de carácter “perenne”, de reflexionar acerca de qué es el ser. Pero, lo mismo que su admirado San Agustín y que luego Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, e igual que otros muchos grandes filósofos y teólogos católicos, le es posible precisamente llegar a tratar con acierto sobre esas dimensiones ulteriores de la realidad porque es a la vez y ante todo un contemplativo, un hombre de oración y de una rica vida interior. San Anselmo es fundamentalmente un monje benedictino y como tal seguirá pensando y viviendo, en la medida que le sea posible, cuando haya de asumir la pesada carga de la responsabilidad episcopal y nada menos que de la sede primada de Inglaterra, la cual le traerá serias dificultades con el poder político.

Como ha resaltado un gran estudioso suyo, el monje benedictino-olivetano P. Jean-Robert Pouchet, San Anselmo mostró desde su juventud una predilección por las horas de la noche, propicias para la especulación más elevada y para la contemplación divina, y según su biógrafo Eadmero conoció los favores del éxtasis. En efecto, cuenta éste que ya en sus primeros tiempos en el monasterio se entregaba de lleno a la vida espiritual y que, “con esta continua ocupación en Dios y en sus cosas, llegó a tal grado de inteligencia, que pudo descubrir cuestiones oscurísimas y hasta su tiempo desconocidas sobre la divinidad y la fe, y no sólo descubrirlas, sino también explicarlas y demostrarlas con claras razones. [...] Una noche que velaba en su lecho antes de maitines, intentando comprender cómo los profetas podían ver el pasado y el futuro bajo la forma del presente”, tuvo una visión a través de los muros interiores del monasterio y contempló a los monjes que preparaban la iglesia antes de que sonara la campana de maitines, y así “comprendió que Dios podía muy bien mostrar en espíritu a los profetas las cosas futuras, como le hizo ver con los ojos del cuerpo las cosas ocultas por los obstáculos materiales” (Eadmero, *Vida de San Anselmo*, I, 2, 9).

Según el propio Eadmero cuenta poco después, era muy dado a las vigiliass nocturnas, de tal modo que “con frecuencia pasaba todo el día en alentar y aconsejar, y tenía que añadir gran parte de la noche. Además, acostumbraba pasar las noches en corregir los libros, [...] en santas meditaciones, en la contemplación y deseo de la vida eterna, lo que le hacía derramar copiosas lágrimas” (Eadmero, *Vida de San Anselmo*, I, 2, 11). Por lo tanto, estaba dotado también del don de lágrimas al que se refiere San Benito en su Regla de monjes (LII, 4). Y como dirá el mismo biógrafo, “su espíritu, absorto en Dios, despreciaba las cosas del mundo” (Eadmero, *Vida de San Anselmo*, I, 4, 29).

Este espíritu contemplativo de nuestro personaje se traduce luego en tres dimensiones sobresalientes: una sincera caridad hacia el prójimo, perfectamente perceptible en muchas de sus cartas; una claridad doctrinal y de pensamiento, que se refleja en sus obras filosófico-teológicas; y una firmeza inquebrantable en la defensa de la verdad, de la fe católica y de la libertad de la Iglesia, como se descubre en su vida pastoral al frente de la sede cantuariense y en su participación en el concilio de Bari.

3. LAS FUENTES DE LA ESPIRITUALIDAD ANSELMIANA.

Debido a la fuerte influencia protestante y de ciertas corrientes del pensamiento de la Modernidad que hemos sufrido en el seno del catolicismo en los años siguientes al Concilio Vaticano II, con frecuencia se ha oído y aún se oye una acusación sumamente injusta contra la Escolástica y los autores principales de ella, incluidos San Anselmo y Santo Tomás de Aquino: la de haber emprendido una teología racionalista, descarnada y carente de fundamento bíblico o que, en el mejor de los casos, utilizaba los textos de la Sagrada Escritura como un simple apoyo de autoridad a sus proposiciones. Nada más alejado de la realidad.

Cuando uno lee a Santo Tomás, descubre tras el teólogo concienzudo y que razona con perfecto orden escolástico a un contemplativo y a un enamorado de la Sagrada Escritura, algunos de cuyos libros incluso comenta al estilo clásico de los Padres de la Iglesia. Y otro tanto puede decirse de San Anselmo, quien siempre somete sus especulaciones a la supremacía de la Biblia si acaso pudieran no ajustarse a lo que ésta enseña. Más aún, Eadmero nos cuenta en su biografía que “tanta fe tenía en las Sagradas Escrituras, que creía firmemente que no se encontraría nada en ellas que se saliese de la verdad, por lo cual se esforzaba en rasgar con la razón el velo que las hace oscuras” (*Vida de San Anselmo*, I, 2, 9). En consecuencia, no sólo trata de comprender mejor los contenidos de la fe valiéndose de la razón, según su famosa frase *fides quaerens intellectum*, algo en lo que coincide con San Agustín y Santo Tomás, sino que la Sagrada Escritura es una fuente esencial de su espiritualidad por el contacto diario que con ella tiene como monje que reza el Salterio y lee y medita otros libros de la Biblia.

En efecto, como ha destacado el P. Pouchet, las citas anselmianas del Salterio pueden ser la mejor prueba de su sentido litúrgico, a la vez que de su “piedad bíblica”, especialmente en sus *Oraciones*, donde también se hallan reminiscencias del Ordinario de la Misa y del Oficio Divino. En este sentido, pues, San Anselmo es un exponente destacado de lo que el benedictino francés Dom Jean Leclercq denominó la “teología monástica” y al mismo tiempo es el Padre de la teología escolástica. El canto cotidiano de los Salmos a lo largo de varias horas del día, de tal modo que conforme al Oficio compuesto por San Benito terminen recitándose todos ellos en el conjunto de una semana, proporciona una familiaridad íntima con esta joya del Antiguo Testamento, así como con otros textos de la Escritura que forman parte igualmente del rezo litúrgico.

Pero, además de la Sagrada Escritura, San Anselmo bebe de la espiritualidad patristica, con la que los monjes del Medievo se veían asimismo familiarizados. De un modo muy singular, refleja la influencia de San Agustín, siempre presente en la Edad Media europea, no sólo en el pensamiento, sino incluso en la forma: el estilo literario de las *Oraciones y Meditaciones* y del *Proslogion*, en el que se dirige a Dios en actitud a la vez orante y de altos vuelos de pensamiento filosófico-teológico, recuerda sin duda al de las *Confesiones* del santo obispo de Hipona.

En fin, la propia vida monástica de San Anselmo, como hemos dicho, es la raíz fundamental de su espiritualidad. No sólo conoce y saborea dentro de ella los textos de

la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, sino que todo el conjunto de su vocación monacal y del día a día en el monasterio benedictino marca por completo el sentido de su vida, entregada de lleno a Dios: “no coloquéis vuestra esperanza en un hombre, sino en Dios [...]. Puesto que es a Él a quien habéis dado todo lo que poseéis, esperad de Él todo lo que necesitáis” (*Carta a los monjes de Bec*).

4. LAS ORACIONES Y MEDITACIONES DE SAN ANSELMO.

Al principio del conjunto de *Oraciones y Meditaciones* que compuso y luego compiló, San Anselmo ofrece unas recomendaciones: “Estas meditaciones u oraciones han sido escritas y publicadas para excitar el alma del lector al amor y al temor de Dios y al examen de sí mismo. No hay que leerlas en medio del tumulto, sino con calma; no apresuradamente, sino lentamente, en pequeños trozos y parándose a reflexionar en ellos. No es necesario que las termine, sino que puede detenerse donde la gracia de Dios más fervor le inspire y más devoción sienta. Tampoco es necesario que comience siempre por el comienzo del capítulo; se puede repetir lo que procure más agrado, porque no he establecido estas divisiones en párrafos para obligar a comenzar aquí o allí, sino con el fin de que la abundancia y la frecuente repetición de las mismas cosas no engendren al fin el disgusto. Ante todo, que el lector sepa recoger aquello para lo cual han sido compuestas estas oraciones: el amor de la piedad”.

Por lo tanto, el autor expresa con claridad que la manera en que deben leerse sus oraciones y meditaciones es el propio de la *lectio divina*. En pocas palabras muestra ser un magnífico conocedor y maestro de la misma, como buen monje enraizado en la Tradición monástica que es. No se trata, pues, de proceder a una lectura rápida ni necesariamente de seguido, sino en un ambiente de retiro y silencio, pausada, rumiada, abierta a la inspiración del Espíritu Santo, quien puede servirse del texto para hablar íntimamente al corazón al llegar a una frase o a una palabra concreta. Es una lectura orante de verdad, dispuesta a realizarse bajo la acción de la gracia divina. San Anselmo prefiere que se vuelva a releer un mismo texto cuantas veces el alma se vea favorecida por Dios en él, antes que continuar con prisas por un deseo de concluir la lectura. Y por supuesto, el santo Doctor no olvida indicar cuál ha sido el motivo de redactarlas: excitar el amor de la piedad, el amor y el temor de Dios y el examen de sí mismo.

Las oraciones y meditaciones de San Anselmo están atravesadas de un profundo espíritu de humildad que quiere infundir en el ánimo de quien las rece, promoviendo en él la conciencia de la condición de pecador, ante la cual se alzan grandiosas la bondad y la misericordia divinas, la dulzura de la mediación mariana y la confianza del auxilio de los ángeles y los santos. Ese espíritu de humildad, sin duda alguna, lo bebe en gran medida de la Regla de San Benito, que mira a esta virtud como una de las esenciales al monje y le dedica todo un pequeño tratado en su capítulo VII. Y dicha humildad se observa ya en el inicio mismo de la primera de las oraciones anselmianas, dirigida a Dios Padre: “¡Oh Dios omnipotente, Padre misericordioso y Maestro bueno!, ten piedad de este pecador que soy yo; perdóname mis pecados, concédeme estar en vigilancia para vencer todas las emboscadas, tentaciones y sensaciones peligrosas; el evitar completamente, por el pensamiento y por los actos, lo que tú prohíbes; el hacer y observar lo que mandas; el creer, esperar, amar y querer lo que sabes y quieres y en la misma medida que tú. Dame la compunción de la humildad y de la piedad [...]”.

San Anselmo dirige varias oraciones a Dios: la primera, como hemos visto, al Padre; y en las compiladas como segunda a cuarta eleva su plegaria a Jesucristo para llenarse de su amor (oración 2ª), para la recepción de su Sacratísimo Cuerpo (3ª) y por devoción a la Santa Cruz (4ª). Las oraciones 5ª a 7ª, al decir del benedictino P. Julián

Alameda, “forman una especie de tratado sobre la devoción a la Virgen, substancial, aunque breve”. Las oraciones 8ª a 17ª están dedicadas a diversos santos, mientras que la 18ª y la 19ª suponen una petición por los amigos y los enemigos. En fin, de las tres meditaciones auténticas, la primera está orientada a excitar el temor, la segunda es una lamentación por la virginidad perdida (entendiendo ésta en sentido espiritual, no carnal, por efecto del pecado) y la última trata sobre la redención del hombre.

5. EN ORACIÓN A JESUCRISTO.

San Anselmo es un enamorado de Jesucristo. Es muy bello todo lo que expone sobre la persona del Verbo divino con profundidad teológica en el *Monologion* y en el *Proslogion*. Y particularmente se siente muy agradecido a Él como Salvador por su obra redentora en beneficio del hombre, porque con su Sangre pagó y satisfizo la deuda contraída por éste a consecuencia del pecado original. No otra cosa expone con precisión en uno de sus tratados más importantes: *Por qué Dios se hizo hombre*. Tampoco duda en defender la verdad católica sobre Jesucristo frente a los errores de su tiempo, tal como observamos en la *Carta sobre la Encarnación del Verbo* escrita contra el nominalismo de Roscelino y sus derivaciones heterodoxas que le conducían a un neosabelianismo.

Desde la perspectiva de la devoción, son muy hermosas las oraciones 2ª a 4ª del santo Doctor. En la primera de ellas y como claro reflejo de ese agradecimiento y amor que siente hacia Jesús como Redentor, comienza diciendo: “¡Oh Señor Jesucristo, redención mía, mi misericordia y mi salvación!, te alabo y te doy gracias, y aunque estas alabanzas están muy por debajo de tus beneficios, muy vacías de la verdadera devoción, y sean muy pobres en proporción de la abundancia, que envidia, de tu dulce amor por nosotros, sin embargo sé que te las debo, y no solamente tales cuales son; mi alma se esfuerza y hace lo que puede para pagarte su deuda. ¡Oh esperanza de mi corazón, fuerza de mi alma, auxilio de mi debilidad!, que tu benignidad todopoderosa complete lo que mi tibieza y flojedad no hacen más que ensayar; mi vida, el fin de mi destino es amarte, aunque hasta aquí no haya podido hacerme digno de amarte cuanto debo; pero por lo menos éste es mi deseo”. Quien haya leído al menos algunas de las obras teológicas de San Anselmo, ante esta oración se dará perfecta cuenta de cómo era un hombre que vivía en lo más íntimo de su interior aquello sobre lo que reflexionaba con su razón y escribía en sus obras. A la luz de la fe y desde la experiencia profunda de una vida de oración, hacía uso recto del don de la razón con que Dios ha dotado al hombre, para así poder alcanzar esa meta que él anhelaba: la fe que busca comprender (*fides quaerens intellectum*).

De igual modo que lo descubrimos en Santo Tomás cuando éste elabora devotos cánticos al Santísimo Sacramento, San Anselmo muestra una profunda devoción eucarística, hacia ese misterio que también trata de exponer con argumentos teológicos a quienes le plantean dudas acerca de la materia del Sacramento según el uso de los católicos latinos o según el de los greco-ortodoxos. Se ve indigno ante la excelsitud del Cuerpo y la Sangre del Señor, pero confía en su clemencia para poder tratar las especies sagradas y consumirlas con las mejores disposiciones posibles para ser justificado por ellas. La fe en la presencia real de Cristo y el amor a Él son aquí fundamentales: “Haz, Señor, que los reciba de boca y de corazón, que los sienta por la fe y el amor, de tal manera que por su virtud merezca ser como injertado en ellos, a semejanza de tu muerte y resurrección, y que, por la mortificación del viejo hombre y mi renovación en una vida de justicia, sea digno de ser incorporado a tu Cuerpo, que es la Iglesia”. El inicio de esta oración está inspirado indudablemente en otra del sacerdote en la Santa Misa antes

de la comunión, pues dice San Anselmo: “Señor Jesucristo, que por disposición del Padre, con la cooperación del Espíritu Santo, por una voluntad libre y con tu muerte, has rescatado al mundo del pecado y de la muerte eterna...”

Cabría extenderse mucho más, pero es obligado no alargarnos en exceso. No obstante, parece oportuno destacar algún aspecto más, como el amor que muestra al nombre de Jesús en su *Meditación para excitar el temor* y que es una buena muestra del fuerte incremento que la devoción a la humanidad de Jesucristo estaba experimentando en la época: “¡Oh Jesús!, a causa de tu nombre haz por mí lo que ese nombre significa. Jesús, olvida a este soberbio que te provocó y ve al desgraciado que te invoca. ¡Oh dulce nombre, nombre deleitable, que reconforta al pecador; nombre lleno de feliz esperanza! ¿Qué quiere decir, en efecto, este nombre, Jesús, sino Salvador? Por consiguiente, ¡oh Jesús!, a causa de tu nombre, sé para mí Jesús, ya que me has creado para que no perezca”.

6. EN ORACIÓN A MARÍA.

Según hemos apuntado, las tres oraciones de San Anselmo a la Virgen y algunas partes de otras son un verdadero tratadito de mariología, donde la ensalza con las mayores expresiones de piedad filial: “¡Oh santa y, después de Dios, entre los santos particularmente santa, oh María, Madre de una admirable virginidad, de una amable fecundidad, que has dado a luz al Hijo del Altísimo, que has traído al mundo al Salvador de este género humano entregado a la muerte!” En esta invocación, pues, está resumido lo esencial de la condición de María Santísima: Virgen y Madre de Dios, y, por tanto, cauce por el que ha venido la Redención al mundo.

Quizá uno de los aspectos teológicos más notables en las oraciones de San Anselmo a la Virgen sea el que destaca su colaboración en la obra redentora de su divino Hijo, esto es, su papel de Corredentora, según lo designarían autores más recientes a nosotros e incluso el papa Pío XI. Como Madre de Jesucristo, Ella es “engendradora de la vida, Madre de la salvación” (*Mater salutis*), “reconciliadora del mundo” (*mundi reconciliatrix*). Cristo, por supuesto, es el único Salvador (*Salvator singularis*), pero María es “Madre de salvación” (*salutis Mater*) por ser precisamente la Madre del Salvador. El santo Doctor resalta la estrechísima unión existente entre Cristo y María, muy notable en la Pasión (lo que los autores medievales suelen denominar “Compasión de María”), y advierte que lo que ofende al Hijo, ofende a la Madre, y viceversa, y que el perdón proviene de uno y de otra. Evidentemente, su Maternidad divina y su asociación a la obra de Cristo están en la raíz de la maternidad espiritual de María sobre los hombres, por lo cual San Anselmo la invoca como “Virgen digna de la veneración del mundo, Madre digna de ser amada del género humano”, sin olvidar que es al mismo tiempo “mujer digna de la admiración de los ángeles”. A su vez, es también el fundamento de la realeza mariana, de la que menciona expresamente los títulos de “Reina de los ángeles” y “Soberana del mundo”.

La piedad mariana del santo de Aosta llega con frecuencia a expresiones llenas de emotividad como la siguiente: “¡Oh María, María la grande, la mayor de las bienaventuradas Marías, la mayor de todas las mujeres! ¡Oh gran Señora!, mi corazón quiere amaros, mi boca desea alabaros, mi espíritu desea veneraros, mi alma aspira a rogaros, todo mi ser se recomienda a tu protección”.

La unión entre Cristo y María es tal, que Ella es el camino hacia el Hijo, como Él lo es hacia el Padre celestial: “Nada hay igual a María, nada fuera de Dios. Dios ha dado a María su mismo Hijo, [...] de suerte que por naturaleza fuese el único y el mismo, Hijo común de Dios y de María”. Por eso puede elevar la siguiente súplica a

uno y a otra: “Ciertamente, ¡oh Jesús, Hijo de Dios, y tú, Madre María!, también vosotros queréis, y esto es justo, que todo lo que amáis sea amado de nosotros; ¡oh buen Hijo!, te pido, pues, por esa ternura con que amas a tu Madre, ya que la amas verdaderamente y quieres que sea amada; haz que yo también la ame verdaderamente. ¡Oh bondadosa Madre!, te suplico por ese amor con que amas a tu Hijo, así como le amas verdaderamente y quieres que sea amado; concédeme que yo también le ame verdaderamente”.

7. ORACIONES A LOS SANTOS.

San Anselmo designa a los santos “grandes familiares de Dios” (*Oración a San Nicolás*). El mayor número de sus oraciones se dirige a diversos santos, generalmente de relieve: San Juan Bautista, San Pedro, San Pablo, San Juan Evangelista, San Esteban, San Nicolás, San Benito, Santa María Magdalena y el patrono de una iglesia. Podría ser prolijo fijarnos en ellas, pero parece oportuno al menos señalar la devoción filial con que ora a San Benito como hijo espiritual suyo: “¡Oh tú, mi buen jefe, oh maestro suave, oh dulce Padre Benito!, te ruego y suplico por la misericordia que has tenido con los demás y por la que Dios ha tenido contigo, ten compasión de mi miseria, pues me regocijo contigo de tu felicidad. Ven al socorro de aquel que te tiene como patrono”. Es una oración preciosa que se enmarca en la Tradición monástica y en el espíritu de la Regla benedictina, pues presenta el monacato como “ejército de Cristo” y se refiere a la idea de la escuela y del magisterio de San Benito.

8. ESPÍRITU ORANTE DE CARIDAD.

Dos de las oraciones más hermosas de San Anselmo son las que dirige a Jesucristo pidiendo por los amigos y por los enemigos. La primera comienza incidiendo en la raíz cristológica de la caridad: “¡Oh dulce y buen Maestro Jesucristo, que has demostrado por nosotros una caridad que nadie ha superado ni nadie podrá jamás igualar! Nada debías a la muerte y, sin embargo, por bondad has dado tu vida por tus servidores y por los pecadores; hasta has orado por aquellos que te condenaban a muerte, a fin de hacer de ellos hermanos tuyos, reconciliarlos y justificarlos con tu Padre misericordioso y contigo mismo. ¡Oh Señor, que has dado prueba de tan gran amor por tus enemigos, también has prescrito a tus amigos la caridad!”

El santo Doctor es un hombre que desborda amor hacia sus amigos y hacia las personas que tiene a su cargo, tal como refleja continuamente en sus cartas. En éstas les indica que les tiene presentes en sus oraciones y se encomienda a las de ellos. Y no obstante, humildemente dice que “mi oración es tibia, Señor, porque mi caridad es poco ardiente”. Pero este hombre que pide así por sus súbditos y sus amigos y que todos ellos reconocen como verdaderamente caritativo, también ora por sus enemigos; y hay que tener en cuenta que en su vida los tuvo muy duros, sobre todo en la corte de Inglaterra cuando hubo de defender la libertad de la Iglesia frente a las pretensiones desmedidas del poder real.

Por eso pide así: “¡Oh todopoderoso y tierno Maestro Jesucristo, a quien deseo ver propicio para mis amigos!, deposito a tus pies lo que mi corazón desea para mis propios enemigos. [...] Tú que eres la verdadera luz, ilumina su ceguera. Tú que eres la verdad soberana, corrige su error. Tú que eres la verdadera vida, vivifica sus almas. [...] Te suplico, pues, Señor, que les concedas un amor, para ti y para el prójimo, tan grande como lo ordenas, a fin de que aparezcan ante ti sin pecado contra su hermano. Presérvame, ¡oh tierno Maestro!, de ser para mis hermanos una ocasión de muerte, de

ser para ellos una piedra de escándalo y una causa de caída. [...] Tal es la venganza que en el secreto de mi corazón quiero hacer de mis compañeros, de mis enemigos, de mis cómplices en el pecado. Ése es el castigo que mi alma pide para mis compañeros y enemigos: que nos amemos, y que nos amemos entre nosotros como tú lo quieres y como nos conviene; que así demos satisfacción al buen Maestro por nosotros mismos y los unos por los otros, como a nuestro común Maestro, de tal manera que, teniendo la caridad por maestra, obedezcamos en la concordia a nuestro común Maestro por el bien común”.

9. APRECIACIONES SOBRE SU ORACIÓN.

Según hemos señalado ya, San Anselmo es muy humilde en la consideración que tiene de su propia oración, tanto del conjunto de las escritas por él como de las que reza diariamente. Como todos los santos, se ve a sí mismo en su condición de pecador. Así lo manifiesta en sus cartas a sus amigos y a las personas que se encomiendan a él, y no es un simple formulismo, pues sabemos que se trata de un espíritu verdaderamente sencillo y humilde. Por ejemplo, al rey Balduino I de Jerusalén le dice que ruega por él todos los días, “aunque mis oraciones tengan poco valor”. Al monje Roberto del Mont Saint-Michel le expresa: “no me atrevo a ofrecerte mis oraciones, aunque son tuyas, pues pienso que no me sirven de nada o muy poco; más bien pido que, inflamadas por el fervor de las tuyas, puedan ser útiles para mí y para ti; porque el deseo de mi corazón ante Dios, la oración de mis labios al Señor, es que todo lo que haya de servir para mi bien, te sea útil como a mí mismo”.

10. LA TEOLOGÍA ORANTE DEL *PROSLOGION*.

El *Proslogion* es quizá la obra más famosa de San Anselmo y la que con más frecuencia han visto citada los estudiantes de Bachillerato, pues por lo general se les presenta en Filosofía –de forma tan escueta como incompleta– el que Kant denominó inadecuadamente “argumento ontológico” de la existencia de Dios, el cual ha sido muy mal interpretado y manoseado por los filósofos racionalistas, idealistas y ontologistas. No trataremos aquí de explicarlo correctamente, como bien ha hecho, por ejemplo, el profesor Eudaldo Forment, pero sí creemos obligado hacer esta observación.

Lo que ahora nos interesa es el carácter orante de la reflexión filosófico-teológica del *Proslogion*: advierte con acierto el P. Royo Marín que “sus profundos estudios sobre Dios en el *Proslogion* constituyen, al mismo tiempo que un estudio, una continua y prolongada oración que no decae en un solo momento. Desde el principio se hunde, por una ardiente oración, en una atmósfera penetrada de lo sobrenatural” y “el conjunto del escrito conserva el aire de una bella meditación contemplativa, de inspiración muy elevada”.

Siguiendo los pasos de San Agustín, invita primero a la interiorización para trascender desde ahí hasta Dios: “¡Oh hombre, lleno de miseria y debilidad!, sal un momento de tus ocupaciones habituales; ensimísmate un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos [...] Busca a Dios un momento, sí, descansa siquiera un momento en su seno. Entra en el santuario de tu alma, apártate de todo, excepto de Dios y lo que puede ayudarte a alcanzarle; búscalo en el silencio de tu soledad. [...] Y ahora, ¡oh Señor, Dios mío!, enseña a mi corazón dónde y cómo te encontrará, dónde y cómo tiene que buscarte”. Y en el mismo primer capítulo de la obra ofrece unas sentencias que recuerdan claramente a San Agustín: “Yo te buscaré deseándote, te desearé buscándote, te encontraré amándote, te amaré encontrándote”.

De forma orante habla con Dios acerca de su ser y de sus atributos: “Todo lo que eres, no lo eres por otro, sino por ti mismo. Eres, pues, la vida misma de la que vives, la sabiduría por la cual eres sabio, la bondad por la cual eres bueno para con los buenos y los malos. [...] Solamente Tú, en rigor, eres eterno, porque eres el único entre todos que, como no tendrás fin, tampoco has tenido comienzo” (*Proslogion*, 12 y 13). Y llega así a la definición esencial de Dios: “Por consiguiente, ¡oh Señor!, Tú solo eres lo que eres y el que eres” (*Proslogion*, 22).

Así es como San Anselmo, henchido de amor de Dios en su contemplación y en la reflexión teológica, concluye este tratado rogándole: “Yo te suplico, ¡oh Dios!, que te conozca y te ame, a fin de que encuentre en ti toda mi alegría” (*Proslogion*, 26).